

LA CAZA DE SHILOH

William Kent Krueger

LA CAZA DE SHILOH

Traducción de Nicolás de Kobbe



ediciones Pàmies

Título original: *Boundary Waters*

Primera edición: septiembre de 2008

© 1999 by William Kent Krueger

© de la traducción: Nicolás de Kobbe, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-22-5

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Foto de cubierta: David Prichard - Getty Images

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal: M-38449-2008

Impreso por TECNOLOGÍA GRÁFICA

Impreso en España

Para Diane, cumpliendo mi promesa,
y
para mis padres, Marilynne y Krueg,
que me enseñaron a no tener miedo ni de la aventura ni del amor.

1

El viejo piel roja era duro de pelar. Milwaukee se permitió el peligroso lujo de admirar sin reservas al anciano. Además era listo. Pero demasiado confiado. Y a Milwaukee le constaba que eso había sido su perdición.

Milwaukee dio la espalda al indio para dirigirse a los dos hombres sentados en torno a la hoguera.

—Puedo seguir, pero el indio no va a hablar. Casi lo puedo garantizar.

—Creí que lo que nos garantizabas eran resultados —dijo uno de ellos, el más nervioso.

—Conseguiré lo que buscas, pero a él no se lo voy a sacar.

—Venga —dijo el más nervioso, apretando una mano contra la otra e indicando al indio con la cabeza—. Hazlo.

—Vosotros mandáis. —Milwaukee se acercó a la hoguera y sacó una larga vara de haya de las ascuas. La punta del palo estaba al rojo vivo, con una lengua de fuego a cada lado, como los cuernos de un diablo que Milwaukee tuviera en la mano.

El viejo indio colgaba abierto de brazos y piernas entre dos abedules de escasa estatura, amarrado a los delgados troncos por cordones de nylon que le rodeaban las muñecas y los tobillos. Estaba desnudo, aunque la noche era lo suficientemente fría y húmeda para que la sangre humeara al gotearle por la piel y el contorno ondulado de sus costillas. Detrás de él, la oscuridad se cerraba como un telón negro sobre el resto del tupido bosque. La hoguera iluminaba al viejo como a un actor solitario en una actuación estelar.

«O como una marioneta con las cuerdas rotas» pensó Milwaukee mientras se aproximaba con el palo humeante.

Milwaukee tiró de la larga mata de pelo cano para levantar la cabeza del viejo. Sus ojos se abrieron. Unos ojos castaño oscuro. Resignados, pero no doblegados.

—Mira —Milwaukee acercó la punta incandescente a escasos centímetros de la cara del viejo—. Se te freirán los ojos. Igual que un par de huevos. Primero uno, después el otro.

Los ojos castaños miraron impertérritos a Milwaukee, como si ante ellos no hubiera llama alguna.

—Dinos cómo encontrar a la mujer y no te haré más daño —ofreció Milwaukee. Y lo decía sinceramente, aunque el indio le habría decepcionado si hubiera cedido. Porque sentía un verdadero lazo de compañerismo con el hombre, algo que no tenía nada que ver con el asunto que les enfrentaba. Algo que los dos llevaban en el espíritu, algo indomable que el hombre nervioso que aguardaba junto a la hoguera nunca sabría comprender. Milwaukee sabía cómo era el viejo, percibía la fuerza que le venía de muy dentro, sabía que la información que buscaban nunca saldría de sus labios. Y al final los vivos seguirían en su ignorancia y las respuestas, como siempre, residirían en los muertos.

Habló el segundo hombre junto a la hoguera.

—¿Te has ablandado? —Era un gigante con la cabeza rapada. Encendió un grueso puro habano con un palo parecido al que sujetaba Milwaukee y sonrió. Sonrió porque, aparte de él, Milwaukee era el hombre más duro que conocía. Y, como Milwaukee, toleraba al hombre nervioso sólo por su dinero.

—Vamos —ordenó el tipo nervioso—. Hazlo ya, por el amor de Dios. Tengo que saber dónde está ella.

La mirada de Milwaukee penetró los ojos del viejo, hasta su misma alma, y le habló sin palabras. Luego inclinó el palo y el reflejo del fuego llenó el ojo del anciano.

El viejo no parpadeó siquiera.

2

Wendell llevaba tres días de retraso. La indignación de la mujer había dado paso a la preocupación, que pesaba como una losa sobre todos sus pensamientos. Wendell Dos Cuchillos nunca se había retrasado antes.

A primera hora de la tarde salió de la cabaña y caminó junto al arroyuelo hasta llegar al lago. Como tantos otros en Boundary Waters, era un lago pequeño. Un lago estrecho y alargado —cien metros de ancho por algo más de medio kilómetro de largo— encajonado en un profundo surco entre dos crestas de roca gris coronadas por álamos temblones. Apenas hacía una semana, el intenso tono amarillo-dorado de las hojas había dado a cada árbol el aspecto de una cerilla encendida. Ahora sus ramas estaban prácticamente desnudas. Las hojas dispersas que aún pendían de ellas temblaban al viento sobre los riscos y, una a una, iban cayendo. El agua del lago estaba totalmente inmóvil. Incluso en los días en que el viento azotaba los álamos en las alturas, la estrecha cuña de agua se mantenía en calma. Wendell le había contado que los anishinaabes llamaban al lago Nikidin, que significa vulva. Muchas veces miraba a esa angosta franja de aguas calmas cuya superficie reflejaba principalmente el cielo y se sonreía al pensar en la sensatez del pueblo de Wendell.

Pero ahora miraba fijamente al largo pasillo rocoso con inquietud. ¿Dónde diablos estaba Wendell?

Había venido diez días atrás, trayendo, como siempre, comida y las pilas para su preciada grabadora. Le había dicho que su próxima visita iba a ser la última, que sería el momento de que ella se marchara de allí. Dijo que si se quedaba mucho más tiempo se exponía a una tormenta de invierno, y entonces salir de allí sería un infierno. Ella había mirado a los álamos, con sus hojas recién amarilleadas, al azul límpido del cielo y a las aguas calmas del lago, todavía lo suficientemente cálidas para darse un baño corto por las tardes, y se había reído.

—¿Una nevada? —le había interrogado—. Pero si hace buenísimo, Wendell.

—En estos bosques —le había prevenido él—, en estas tierras nadie lo puede predecir con certeza. Es mejor no arriesgarse.

En cualquier caso, ella ya casi había acabado el trabajo que la trajo a ese lugar secreto, así que accedió. Cuando él llegara la próxima semana ella estaría lista. Le dio una carta para echar al correo, como cada semana, y observó cómo la canoa se alejaba deslizándose por el agua, dejando tras de sí una estela de ondas plateadas como las plumas de la cola de una inmensa ave.

Ahora el azul del cielo estaba surcado de finas nubes blancas, y en los riscos soplaban incesantemente un viento que no sentía, pero que se adivinaba claramente en el mecer de los álamos. Se arrebujó en su chaqueta vaquera, tiritando, y se preguntó si el aire limpio y terso que traía el viento anunciaba la llegada de la tormenta invernal que había preocupado a Wendell.

Por primera vez desde su llegada a ese lago perdido y a su vieja cabaña se sentía oprimida por una sensación de urgencia. Se volvió y remontó el reguero de agua, atravesando el bosque de pinos rojos que ocultaba la cabaña. Cogió la grabadora de donde siempre la tenía, sobre la tosca mesa de madera junto a la rechoncha estufa de hierro, y la encendió. Había una lucecita roja que parpadeaba cuando las pilas estaban a punto de agotarse. Ahora estaba parpadeando. Se llevó la grabadora junto a la boca, sujetándola con ambas manos.

—Sábado quince de octubre. Wendell sigue sin venir.

Se sentó en la cabaña vacía un instante, atenta al silencio de la tarde, terriblemente consciente de su soledad en ese inmenso paraje remoto.

—Dijo que estaría aquí y es el único hombre que nunca me ha faltado a su palabra —le confió a la grabadora—. Algo va mal, lo sé. Algo le ha pasado.

La lucecita roja se apagó. Pero ella dejó encendida la grabadora, sin saber si había llegado a grabar su última confesión.

—¡Dios, qué miedo tengo!

3

Cork respiraba con fuerza y se sentía muy bien. Llevaba corriendo una hora y ya estaba cerca de casa. A cada zancada aterrizaba sobre una tupida alfombra de hojas caídas y cada respiración le traía el aroma polvoriento de un otoño largo y seco. Corría por una carretera de gravilla paralela a la línea del ferrocarril Burlington Northern. La vía atravesaba la ciudad de Aurora, en el estado de Minnesota, siguiendo el contorno del lago de Hierro. Aquel atardecer de mediados de octubre el lago estaba absolutamente en calma, un espejo perfecto para un cielo perfecto, de un azul penetrante. Los árboles de la orilla parecían en llamas, una explosión de amarillo y bermejo que se reproducía en la superficie inmóvil del agua. Un espejo que de cuando en cuando se veía quebrado, con fugaces salpicaduras plateadas, por algún que otro pescador solitario que lanzaba el anzuelo desde su barca.

Cork dejó atrás un bosquecillo de abedules y álamos de hojas doradas que rodeaba las ruinas de una vieja fundición, y Sam's Place apareció delante de él. Era una cabaña de la segunda guerra mundial, convertida en puesto de hamburguesas por Sam Luna de Invierno, un antiguo amigo de Cork. La parte delantera estaba decorada con imágenes de hamburguesas —especialmente la Sam's Super Deluxe—, de patatas fritas y de cornetes de helado. Cork vivía en la parte trasera de la alargada cabaña. La heredó un par de años atrás, después de que su amigo muriera a manos de un hombrecillo asustado con un rifle.

Al cruzar la vía, un grito que salía de Sam's Place le hizo dirigirse allí a todo correr.

Tras la ventana corredera del mostrador, su hija Annie, de doce años, daba saltos sin parar.

—¿Qué pasa? —le gritó Cork.

—Notre Dame acaba de marcar un tanto, ¡bien! —contestó Annie, quitándose los auriculares de su Walkman.

Era una chica alta, de complexión atlética, con muchas pecas. Su ca-

bellera pelirroja, muy corta, le daba un aire austero. Llevaba puestos unos vaqueros recortados y una camiseta con grandes letras de colores que decían EL AMOR NO ENTIENDE DE COLORES. Su entusiasmo por Notre Dame venía de antiguo y era toda una institución. Annie era más católica que el papa. A veces Cork envidiaba su fe profunda y simplista, porque era un sentimiento que él ya no compartía. Pero aquella tarde, el día tan perfecto le había dado una sensación de paz espiritual tan profunda como la que pudiera inspirar la oración católica.

Recto es mi camino.
Recta es mi mente.
Recto es mi corazón.
Recta es mi palabra.
Amable será con mis hermanos y hermanas.
Amable con las bestias y las aves.

Recordó las palabras de la antigua canción que solía cantar al son del tambor el viejo Henry Meloux. Para Cork lo expresaban todo.

—¿Dónde está Jenny? —preguntó Cork. Había dejado al cargo a sus dos hijas mientras salía a correr como todos los días. Annie seguía en su puesto, pero Jenny no aparecía por ningún sitio.

—Dijo que esto estaba demasiado parado y se fue a dar un paseo.

Cork sentía la desaprobación de su hija. Para Annie la autoridad era algo importante, las reglas tenían su razón de ser, y cualquier ruptura del protocolo debía ser vista siempre con desaprobación. Era una católica maravillosa.

—¿Ha estado muy tranquila la cosa?

—Muerta —reconoció Annie.

—Me alegro por ti, entonces —observó Cork—. Has podido escuchar el partido sin que te molestaran.

Annie sonrió y volvió a ponerse los auriculares.

—Me voy a duchar —dijo Cork. La sal del sudor se estaba cristalizando y notaba la piel áspera.

Antes de que pudiera moverse, un camión de reparto cruzó botando la vía del tren, levantó una humareda de polvo por la pista de tierra que llevaba a Sam's Place y se detuvo a unos metros de donde estaba Cork. El camión, pintado de color dorado, estaba decorado con un gran trébol y un rótulo verde que decía PATATAS FRITAS HOJA DE TREBOL. Charlie Aalto, un grandullón finlandés con tripa cervecera, salió

de la cabina con una camisa dorada y gorra a juego, las dos con el mismo logotipo del trébol que el camión.

—¿Qué pasa, O'Connor? Por lo que veo te estás entrenando para otra maratón.

—Con una al año es suficiente, Charlie —respondió Cork. Había corrido su primera maratón, la de Twin Cities, hacía apenas una semana. No había bajado de las cuatro horas, pero la había acabado y eso era lo importante—. ¿Qué haces aquí? Sueles venir a repartir los lunes.

—Vengo de paso, desde Tower. Pensé que así me ahorraría un viaje. ¿Cómo va el negocio?

—Ha estado bien. Ahora mismo anda un poco parado, pero ha sido el mejor otoño que he visto nunca.

Charlie abrió la trasera de camión, lleno de cajas apiladas de patatas fritas.

—Luego lo vamos a pagar —dijo Charlie—. Vas a ver como para Halloween tenemos nieve. Mucha nieve, y luego un invierno bien cabrón. —Sacó dos cajas, una de sabor original, otra de barbacoa.

—¿Por qué lo piensas, Charlie?

—He estado pegando la hebra con Adolphe Penske, de camino a Two Corners. Tiene cepos colocados en el arroyo Rust y dice que el pelo que tienen las ratas almizcleras no lo había visto en muchos años.

—Eso significa que va a haber buena pesca en el hielo —musitó Cork.

—Sí —asintió el finlandés, mirando con envidia al pescador más próximo en el lago—. He estado muy liado este año. Casi no he podido sacar la barca. Me gustaría estar en el lago ahora mismo, pescando como ese cabrón —Se quedó mirándole unos instantes más—. Bueno, quizá no como él —decidió.

Cork dirigió una mirada al pescador en el lago de Hierro.

—¿Por qué no?

—Mira lo que está haciendo. No tiene ni idea de pescar. Por lo que veo está usando un señuelo de superficie. Ya sabes, una cucharilla de esas que hay que llevar botando por encima del agua, para que los peces se crean que es una rana o algo. Y ese tío la está dejando hundirse como si fuera un cebo vivo. Ningún pez es tan tonto como para picar así —Sacudió la cabeza pesarosamente—. Dios nos libre de la gente de ciudad.

—Ahora que lo pienso —dijo Cork—, lleva ahí todo el día y no le he visto coger nada.

Charlie le pasó a Cork el albarán de entrega de las patatas y un bolígrafo para que lo firmara.

— Ya me dirás por qué un pescador, aunque sea tonto de remate, se va a pasar todo el día en el mismo sitio cuando los peces no pican.

Se oyó otro grito procedente de Sam's Place.

— ¿Es Annie? — preguntó Charlie.

— Está escuchando el partido de Notre Dame. Debe de ser que han vuelto a marcar un tanto.

— ¿Sigue pensando en meterse a monja?

— O eso — dijo Cork, firmando el albarán antes de que se marchara Charlie, — o va a ser la primera quaterback femenina del equipo irlandés.

Sam's Place estaba a las afueras de Aurora, pegado a la orilla del lago de Hierro. Sam Luna de Invierno había construido un embarcadero sencillo y robusto en el que amarraban las embarcaciones de recreo que representaban la mayor parte de su clientela. Al norte estaba la cervecera Bearpaw, separada del terreno de Cork por una alta valla de tela de alambre. A Cork no le hacía mucha gracia la cervecera, aunque de hecho llevaba ahí más tiempo que Sam's Place y, en los años de penuria económica, antes de que los ojibwe del lago de Hierro construyeran el Gran Casino Chippewa, había dado trabajo a muchos hogares de Aurora. Así que tampoco podía decir mucho.

Mirando al lago casi vacío, Cork le pasó a Annie las cajas de patatas fritas por la ventana del mostrador.

— ¿Qué te parece si cerramos ya?

— ¿Y Jenny?

— Sabe cómo volver a casa.

— Se supone que tenemos que estar abiertos una hora más — le recordó la niña —. ¿Qué pasa si viene alguien a comer algo y ya no estamos?

— ¿De qué sirve ser el jefe si no puedes saltarte las reglas de vez en cuando? — le dijo Cork —. Venga, vamos a echar el cierre.

Annie no hizo ningún movimiento. Luego señaló con un ademán de la cabeza un coche que estaba aparcando en el lugar que momentos antes había ocupado el camión de patatas fritas de Charlie Aalto.

— ¿Lo ves? Un cliente.

El coche era de alquiler, un Lexus negro. Salió un hombre quitándose las gafas de sol y se dirigió hacia ellos.

—¿Corcoran O'Connor?

Era un hombre corpulento, frisando los sesenta, de pelo ralo entrado en canas y un bigotillo también poblado de canas. Tenía un rostro alargado, con el mentón fuerte, no especialmente atractivo, que a Cork le recordaba ligeramente a un sabueso.

—Yo soy O'Connor.

El recién llegado llevaba una cazadora cara, de ante marrón claro, como la piel de un gamo, y debajo un jersey de cuello alto color burdeos. Llevaba la ropa y el abrigo del color que cabría esperar en esas fechas, pero el largo y calido otoño les tenía a todos sorprendidos. A pesar de la calidad de su ropa —quizá fuera por su paso suelto y andar recio— daba la impresión de ser un hombre capaz de pasarse tranquilamente todo el día mirando a la grupa de una mula mientras pasaba el arado por un campo de tierra arcillosa.

—Mi nombre es William Raye —dijo, tendiéndole la mano a Cork.

—Lo sé —respondió Cork—. Arkansas Willie.

—Se acuerdan de mí y todo —dijo el hombre, complacido.

—Incluso sin el pantalón de peto y el banjo, le reconocería en cualquier lugar. Annie —dijo Cork, girándose hacia su hija—, te presento a William Ray, más conocido como Arkansas Willie. Señor Ray, ésta es mi hija Annie.

—Hola guapa. ¿Qué hay?

Hablaba despacio, igual que andaba, y cada palabra que decía parecía estar dotada de una sílaba de más. Era una voz que Cork recordaba bien. Hacía veinte años, Cork intentaba organizar sus turnos para estar libre los sábados por la noche y poder sentarse frente a la tele cuando ponían Skunk Holler Hoedown. Era un programa nacional, una revista de música country llena de guitarras, violines y banjos, con suficientes mazorcas de maíz para alimentar a un rebaño entero de vacas. Se emitía desde la sala Grand Ol' Opry en Nashville, y lo presentaban Arkansas Willie Raye y su esposa, una mujer llamada Marais Grand.

—Bonita, ¿me podrías poner un poquito de agua? —le pidió Raye a Annie—, tengo la garganta más seca que una botella de licor de garrafón un domingo por la mañana.

—¿Sigue usted en el mundo del espectáculo, Señor Raye? —preguntó Cork.

—Llámame Willie, casi todo el mundo me llama así. No, ya no hago ni espectáculos benéficos. Guardé el peto y el banjo después de que Marais muriera. —La desgracia era antigua, pero la voz del viejo

denotaba una tristeza que aún se mantenía viva. Se metió las manos en los bolsillos y se palpó el interior de la mejilla con la lengua—. Ahora tengo una empresa discográfica —señaló, con una expresión ya más animada—. Ozark Records. La etiqueta de country más conocida del sector. Los Blacklock Brothers, Felicity Green, Rhett Taylor. Están todos con Ozark.

—Aquí tiene, señor Raye. —Annie le pasó por la ventana un gran vaso de plástico lleno de agua con hielo.

—Te lo agradezco, tesoro.

—¿Ha venido a ver los colores del otoño?

—No, de hecho he venido a ver a tu padre —se volvió hacia Cork—. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar unos minutos? En privado.

—El señor Raye y yo vamos a dar un paseo, Annie. ¿Te quedas a cargo?

—Claro, papá.

Fueron paseando hasta el final del embarcadero, donde los peces nadaban en las aguas someras. El agua era de color óxido a causa de la elevada concentración de mineral de hierro en la tierra. Raye contempló con una sonrisa el paisaje que ofrecía el lago.

—Sólo llegue a venir aquí en una ocasión, cuando estaban construyendo Grandview. Sigue siendo tan bonito como lo recordaba. Es fácil comprender por qué Marais lo amaba tanto.

Dejó el vaso de agua en las tablas descoloridas del viejo embarcadero, sacó un CD del bolsillo de la cazadora y se lo pasó a Cork.

—¿Sabes quién es?

—Shiloh —respondió Cork, refiriéndose a la mujer cuya foto aparecía en la carátula. Era menuda, joven, muy guapa, con una mata de pelo negro liso que le caía por la espalda hasta la cintura—. Es una de las favoritas de Annie.

—Es mi hija —dijo Raye—, y de Marais.

—Lo sé.

Raye le miró seriamente con esa cara alargada de sabueso.

—¿Sabes dónde está?

—¿Perdón? —dijo Cork a quien la pregunta pilló de sorpresa.

—Si lo sabes, lo único que necesito saber es que está bien. Nada más.

—Willie, me temo que no tengo la menor idea de lo que estás hablando.

Los anchos hombros de Raye se hundieron. Su rostro brillaba de sudor. Se quitó la cazadora y la colgó de uno de los postes de anclaje del embarcadero y se enjugó la frente con el dorso de la mano.

—Necesito sentarme.

Con el pie, Cork tiró de la pata de un taburete que a veces usaba para pescar desde el embarcadero y lo arrastró hacia Raye, que se sentó pesadamente en él. El viejo cogió una hoja amarillenta que había llegado volando al embarcadero y la desmenuzó abstraídamente mientras hablaba.

—Marais me hablaba a veces de la gente de aquí, la gente con la que creció. Cuando hablaba de ti te llamaba Nishiime.

—Quiere decir «hermanito» —le dijo Cork.

—Supongo que te apreciaba mucho.

—Me halaga oírlo, pero no entiendo lo que tiene que ver esto con Shiloh.

—La cuestión es la siguiente: mi hija lleva un tiempo desaparecida. Hace varias semanas canceló todos sus compromisos y se esfumó. La prensa sensacionalista se está cebando con el tema.

—Lo sé, ya lo he leído.

—Me ha estado escribiendo. Una carta por semana. Todas las cartas llevaban el matasellos de Aurora. Hace dos semanas, las cartas dejaron de llegar.

—Quizá simplemente se cansara de escribir.

—Si pensara eso no estaría aquí ahora.

—¿No dijo en sus cartas dónde estaba?

—No dio datos concretos. No quería que nadie lo supiera. Había venido para algo que ella llamaba... no lo recuerdo exactamente. Sonaba algo así como miseria.

—Miseria —Cork se quedó pensativo unos momentos—. ¿No sería *Miziweyaa*? Quiere decir «todo lo que hay de una cosa» ¿Te encaja eso?

—A mí no —dijo Raye encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, hablaba de una cabaña en un lugar remoto de Boundary Waters. Y decía que la había guiado hasta allí un antiguo amigo de su madre, alguien con sangre india. Por eso pensé que podrías haber sido tú.

—No sé nada de tu hija, Willie. ¿Exactamente qué es lo que te preocupa?

—Pues verás, Shiloh lleva un tiempo yendo a un psiquiatra. Consumo de drogas, depresión. Ha intentado suicidarse en el pasado.

Cuando las cartas dejaron de llegar... —levantó la vista hacia Cork, como un hombre que mira desde el fondo de un pozo con la esperanza de que alguien le lance una cuerda—. Lo único que quiero es estar seguro de que mi hija está sana y salva. ¿Me ayudarás?

—¿Cómo?

—Para empezar podrías ayudarme a encontrar al hombre que la guió hasta allí. Eso es todo.

En el lago se oyó arrancar un motor. A unos doscientos metros de la orilla una barca empezó a avanzar, arrugando ligeramente la superficie perfecta, dejando tras de sí una estela como una bandera de seda azul en una brisa lánguida.

—¿Un hombre con sangre india? —dijo Cork sacudiendo la cabeza—. Eso puede ser muy difícil de averiguar. La mitad de la gente de este condado tiene sangre anishinaabe en las venas. Yo ya no soy el sheriff, sólo llevo un puesto de hamburguesas. Creo que para este asunto deberías recurrir a las autoridades.

—No me puedo arriesgar a darle publicidad —explicó Raye con gesto agitado—. Si corriera la voz de que Shiloh está en algún lugar de estos bosques, los periodistas de la prensa sensacionalista acudirían como perros a un hueso de jamón. No quiero ni pensar qué clase de gente andaría por ahí buscándola. A Shiloh le llegan muchas cartas de fans psicóticos. Dios, sería como abrir la veda —dejó caer al agua los trozos de la hoja que había desmenuzado, que se iban dispersando y temblaban al ser mordisqueados por los pececillos, para quienes su color, su tamaño y su repentina aparición los hacían parecer insectos posándose en el agua—. Mira, sé que en realidad no me conoces. Pero no te estoy pidiendo esto por mí. Si Marais siguiera viva, sería ella quien te lo estaría pidiendo.

Cork se frotó las manos para calentarlas. Sentía las piernas y los hombros cargados después de correr.

—Tengo un negocio, Will. Y ya no trabajo de policía.

Raye se levantó y tomó de los hombros a Cork en un gesto de desesperación.

—Ayúdame a encontrarla y te pagaré lo suficiente para que te puedas retirar mañana.

—No sé si podría ayudarte a encontrarla.

—¿Lo puedes intentar? Por favor.

Detrás del mostrador, Annie dio un grito y los ojos de Cork se fueron hacia ella. Había sido un grito de entusiasmo, no de terror. Pero le

dio que pensar. ¿Qué pasaría si fuera Annie la que estaba perdida ahí fuera, o Jenny? Si se tratara de uno de los suyos, también él estaría desesperado. El hecho de que esa carga hubiera caído sobre Willie Raye no era más que circunstancial. No era asunto de Cork, ni su responsabilidad, pero aún así le preguntó a Raye:

—¿Dices que te llegaba una carta todas las semanas, y que todas llevaban el matasello de Aurora?

—Sí. No creo que haya mucho en ellas que pueda ser de gran ayuda. Pero quizá contengan algo que te pueda servir. No tengo inconveniente en que las veas. Las tengo en mi cabaña.

—¿Dónde te estás quedando?

—Grandview.

—¿Grandview? Ha pasado mucho tiempo.

—Lo sé. Me dije a mí mismo muchas veces que tenía que deshacerme de ese sitio. Representa el pasado. Pero significaba tanto para Marais que no fui capaz de desprenderme de él.

—Me pasaré por ahí esta tarde. Primero quiero darme una ducha y comer algo. ¿Te parece bien a las siete? —dijo Cork.

—Gracias —Raye le cogió la mano y se la sacudió con fuerza—. Te lo agradezco de verdad.

Después de que se alejara el coche de Arkansas Willie, Cork volvió al mostrador.

—¿Cómo va el partido?

—Ya se acabó, ganó Notre Dame.

—¿Qué te parece? ¿Cerramos ya?

Annie empezó el proceso de cerrar el local.

—¿Qué quería el Señor Raye?

—Un poco de ayuda para encontrar una cosa. Me ocuparé de ello.

—Habla como un campesino de las montañas, ¿verdad?

—No te dejes engañar por él, Annie. Seguro que ha ganado una fortuna con ese acento que parece salido de un pajar.

Cork limpió la parte de afuera, sacando la bolsa de basura del tonel junto a la mesa del merendero y llevándola al contenedor al lado de la carretera. Al volver hacia Sam's Place se fijó en que el pescador también parecía estar recogiendo el material para marcharse. Cork se quedó un momento contemplándole. La pregunta de Charlie Aalto había sido muy acertada. ¿Para qué iba a pasarse un pescador, aunque fuera tonto de remate, todo el día en el mismo sitio si los peces no picaban?